

Frédérique Morand, *Doña María Gertrudis Hore (1742-1801). Vivencia de una poetisa gaditana entre el siglo y la clausura*, Alcalá de Henares, Ayuntamiento de Alcalá de Henares, 2004, 287 págs.

Victoria Galván González, *La obra poética de María Joaquina de Viera y Clavijo*, Las Palmas de Gran Canaria, Cabildo de Gran Canaria, 2006, 432 págs.

Hace poco más de una década que la obra y la vida de las escritoras españolas del siglo XVIII se ha constituido en objeto de investigación histórica, siguiendo así, con mucho retraso, los pasos de los estudios que vienen realizándose sobre las mujeres de letras contemporáneas en otros países europeos, especialmente Francia e Inglaterra. Contando con valiosos precedentes, como la recopilación erudita de Manuel Serrano Sanz (*Apuntes para una biblioteca de escritoras españolas*) o los trabajos pioneros de Margarita Nelken en los años cuarenta y Paula Demerson en los setenta, tanto desde el campo de la Historia como desde el de la Literatura hemos asistido en los últimos tiempos a una verdadera eclosión de estudios que recuperan y analizan, situándola en su contexto, la obra de las escritoras en la época moderna, demostrando que el siglo XVIII, en el marco general de la consolidación de la «república de las letras», ofreció nuevas oportunidades que las mujeres no dudaron en aprovechar. Los trabajos de María Victoria López-Cordón, Emilio Palacios, Mónica Bolufer o Constance Sullivan, entre otros, han ido trazando de forma paulatina un retrato colectivo de estas escritoras, afinando los datos en lo referente a su extracción social, sus actitudes hacia la escritura y la publicación, los géneros y formas literarias que cultivaron, las ideas expresadas en sus textos, sus usos de la tradición literaria o la acogida que tuvieron sus escritos. Si es fácil convenir con Joaquín Álvarez Barrientos (*Los hombres de letras en la España del siglo XVIII*, 2006) en que la figura social y las estrategias literarias de las escritoras deben situarse siempre en relación con las transformaciones en la posición y actitudes de los literatos, estos estudios nos muestran, en efecto, que las escritoras participaron de las opciones estéticas, los vehículos de expresión y las posturas ideológicas propias de su medio y compartidas, en gran medida, con los escritores varones. Al tiempo que revelan, no obstante, algunas especificidades, como el uso más frecuente de la escritura interpuesta (a través, por ejemplo, de la autobiografía por mandato o de la traducción), las particulares dificultades para acceder a la publicación, más todavía para consolidar una

trayectoria en el mundo de las letras, o la ambigua recepción que tuvieron sus escritos, muchas veces entre el elogio cortés y la condescendencia.

Establecido ya, hasta cierto punto, el marco general, los avances más recientes se están produciendo sobre todo en forma de estudios en detalle de las trayectorias vitales y la obra de muchas de estas escritoras, y con frecuencia también de ediciones de sus textos, manuscritos o jamás reimpresos tras su primera publicación. Reconstruir, en la medida que lo permitan las fuentes, los perfiles biográficos de las mujeres de letras nos permitirá profundizar en el conocimiento del contexto social y familiar y el camino por el que llegaron a constituirse en escritoras: su formación y lecturas, sus amistades y círculos de relación, los posibles vínculos existentes entre ellas o con otros escritores y los apoyos recibidos por parte de mecenazas o protectores de ambos sexos. En esa línea, en la que cabe destacar también los estudios o ediciones de Josefa Amar, María Rosa Gálvez, Margarita Hickey, Inés Joyes, Rita Caveda, la condesa del Carpio o la marquesa de Fuerte Híjar (debidos, entre otros, a María Victoria López-Cordón, René Andioc, Aurora Luque, José L. Cabrera, Julia Bordiga, María Salgado, Elizabeth Franklin, Mónica Bolufer, Inmaculada Urzainqui, M.^a Jesús García Garrosa), se sitúan las publicaciones que nos corresponde comentar. Ambas tienen en común el hecho de referirse a dos poetisas, pertenecientes al nuevo perfil de la escritora de clase media (en el caso de Gertrudis de Hore, la burguesía comercial; en el de Joaquina Clavijo, el medio de los cargos y las profesiones), y en cuya vida y obra la experiencia o la temática religiosa tuvieron un papel fundamental.

El primero de estos trabajos, un análisis biográfico y textual de la figura obra de Gertrudis de Hore, recoge los resultados de largos años de estudio que Frédérique Morand ha dedicado a esta autora gaditana, de los que había ofrecido ya primeros avances en forma de artículos. Ofrece, asimismo, una selección de poemas y prosas de Hore, anticipo de una antología a cargo de la propia Morand, que, con el título de *Una poetisa en busca de libertad: María Gertrudis Hore y Ley (1742-1801). Miscelánea y taraceas: versos, prosas y traducciones*, verá la luz en breve. El libro que ahora comentamos, basado en minuciosas pesquisas en archivos y bibliotecas de Madrid, Cádiz, Santander y otras ciudades, constituye un ejemplo modélico de cómo la investigación detenida puede transformar nuestra visión de temas y personajes que contaban con una imagen canónica. Así, la reconstrucción del entorno familiar y social ha permitido clarificar las razones de la repentina entrada de Gertrudis Hore, mujer casada, en el claustro, donde pasaría el resto de su vida, en 1801, probablemente como castigo por una acusación de adulterio, a la vez que revela detalles fascinantes sobre los negocios y estrategias familiares de su entorno, el de la burguesía mercantil de origen extranjero, y los conflictos en el seno de su propia familia. Por otra parte,

la fortuna de poder acceder al archivo conventual de las concepcionistas calzadas de Santa María de Cádiz ha posibilitado a Frédérique Morand reconstruir su vida dentro del convento. Y al mismo tiempo, el minucioso análisis textual ha tenido como resultado ampliar el número de obras atribuidas a Hore, adelantar en dos décadas la datación de su primer poema publicado y recuperar los textos originales de sus poesías, muchas de ellas inéditas y otras intensamente censuradas por Augusto Leopoldo Cueto al editar una selección de ellas en su obra *Poetas líricos del siglo XVIII* (1869-1875). Con esa sólida base documental, Morand cuestiona la imagen de «la Hija del Sol» (uno de los pseudónimos de Hore) forjada y transmitida por autores decimonónicos como Cecilia Böhl de Faber o Cueto. Frente al tópico de la «bella pecadora arrepentida», que habría dado un drástico giro a su vida y su obra al entrar en el claustro, emerge un perfil vital y literario menos maniqueo. El de una mujer ilustrada y culta, cuya obra está repleta de alusiones mitológicas y ecos de la literatura contemporánea (Edward Young, Meléndez Valdés...), y una mujer de mundo que al entrar en religión mantuvo una vida en la que sus cometidos como secretaria del convento se combinaban con el gusto por la comodidad y el refinamiento en su entorno y su persona, y que conservó y cultivó sus vínculos con el exterior, ocupándose de asuntos familiares y enviando desde el claustro contribuciones a la prensa.

El resultado de todo este trabajo permite a Morand tejer una valiosa aportación, en forma de un minuciosísimo estudio, investido de rigor y también de pasión por un personaje que se nos ofrece mucho más complejo y lleno de aristas de lo que los tópicos nos habían transmitido. Un enfoque que presenta muchas virtudes y quizá alguna carencia, fruto de ese mismo detenimiento con que se centra la perspectiva sobre la biografiada y su entorno más próximo: por ejemplo, la falta de una mirada comparativa que sitúe la obra de Hore en relación con la temática y el tono de otros escritores y, sobre todo, escritoras de su tiempo. Sin embargo, cabe señalar que este trabajo no constituye un punto final, sino que Frédérique Morand prosigue sus investigaciones al respecto, y en un nuevo artículo en una reciente obra colectiva (Françoise Étienvre, dir., *Regards sur les Espagnoles créatrices, XVIIIe-XXe siècles*) se ocupa, precisamente, de las afinidades entre Hore, Hickey y Joyes, lo que le permite ir más allá de las conclusiones esbozadas en su libro. En cualquier caso, éste ha supuesto ya de por sí un verdadero hito, el más importante hasta la fecha, en el estudio de la poeta gaditana, además de un magnífico estímulo para profundizar en la obra de sus contemporáneas. Por último, la inclusión de reproducciones de algunos documentos de notable interés y de fotografías de las distintas dependencias del convento, autorizadas, en un gesto que las honra, por la actual comunidad religiosa de concepcionistas, enriquece una edición de la que sólo cabe lamentar

que, por su carácter institucional, su circulación haya sido más limitada de lo que sin duda merece.

Recién salida de la prensa, la edición de una amplísima muestra de los poemas de María Joaquina de Viera y Clavijo, a cargo de Victoria Galván, que ya había dedicado anteriormente algunos trabajos tanto a esta escritora como a la figura, mucho más conocida, de su hermano, el ilustrado canario José de Viera y Clavijo, supone una nueva aportación en esta línea. El principal objetivo lo constituye, en este caso, la edición crítica de esos poemas, acompañados de una somera introducción sobre la autora y su entorno. La edición de los textos resulta impecable, con notas que clarifican las referencias al contexto de la época, en especial al marco local, más difícil de descifrar para el lector, y, sobre todo, documentan con precisión las numerosas alusiones religiosas —escriturísticas, teológicas, hagiográficas— contenidas en los poemas. La introducción, por otra parte, reseña las escasas referencias bibliográficas existentes sobre Joaquina de Viera, repasa los datos conocidos acerca de su vida y sintetiza los rasgos principales de su obra, tanto en lo referido al contenido como a las formas poéticas, avanzando una interpretación del personaje a partir de la información disponible hasta la fecha. Sin embargo, por su brevedad, omite ubicar a la autora en el marco de las escritoras de su tiempo (en el que, por ejemplo, la comparación con otras autoras de poesía religiosa hubiera resultado muy interesante), y tampoco desarrolla un tema tan sólo apuntado y que sin duda resulta de gran interés: el de las relaciones y las diferencias entre los perfiles literarios e intelectuales de Joaquina y de su hermano el polígrafo ilustrado. Cuestiones que hubiesen permitido a los lectores enmarcar mejor el personaje y su obra, y que esperamos puedan ampliarse en un futuro, pues el reciente descubrimiento de nuevos poemas manuscritos de Joaquina Viera, no incluidos en esta edición, llevan a la profesora Galván a anunciar nuevos trabajos que esperamos con interés.

El perfil que de la autora canaria ofrece la introducción de Galván y confirma la lectura de sus poemas es muy distinto del de Gertrudis Hore. Si ésta última, aun en sus más de veinte años de vida religiosa, dedica su producción poética a temas de carácter profano (el amor, la escritura, la amistad...), aquélla, en cambio, seglar, aunque célibe y dedicada a cuidar del hogar de sus hermanos, aparece como una mujer profundamente piadosa cuya poesía se vuelca de forma abrumadora en lo religioso. La calidad poética de su obra es, sin duda, menor que la de Hore o Margarita Hickey, y su difusión fue prácticamente nula en su tiempo, pues (a diferencia de aquéllas) ninguno de sus poemas se publicaron hasta avanzado el siglo XIX. Sin embargo, tanto su vida como sus escritos no dejan de desbordar la imagen tópica de la mujer de existencia limitada a lo doméstico y de expectativas culturales ceñidas exclusivamente a lo espiritual, revelando, como

señala Victoria Galván, sus esfuerzos por superar los estrechos límites sociales e intelectuales asignados a su sexo. Así, su continuada dedicación a la escultura, las referencias eruditas —de carácter normalmente religioso— contenidas en su poesía, o sus poemas humorísticos y de circunstancias, muestran retazos de una vida y de unas aspiraciones que resulta insuficiente tachar de meramente conservadoras o convencionales, y que confirman las estrategias que las mujeres utilizaron para ampliar (de forma con frecuencia discreta) los espacios, funciones y atribuciones que se consideraban propios de ellas. En definitiva, los trabajos de recuperación y relectura que en estos dos libros realizan Morand y Galván, como otros publicados o en curso sobre las escritoras del siglo XVIII, nos confirman en la esperanza de que bastantes textos y documentos que nos pueden deparar bastantes sorpresas yazgan todavía (sobre todo en archivos particulares o conventuales) a la espera de ser desempolvados. La empresa de intentar localizarlos y analizarlos merece, sin duda, la pena. Y es que las vidas y los textos de estas dos escritoras, entre otras cosas, nos permiten cuestionar, no sólo en el caso de las mujeres de letras, sino en el panorama general del siglo XVIII, el uso demasiado restrictivo de las categorías de «modernidad» y «tradicionalismo», «ilustrado» y «conservador». Dicotomías que se relacionaron entre sí, en forma de conflictos pero también en distintas combinaciones, de modo mucho más complejo en las experiencias vitales y prácticas intelectuales de las gentes de la época.

MÓNICA BOLUFER PERUGA
Universitat de València